

Título: DONDE ARDEN LAS CIUDADES ANTIGUAS

(Pseudónimo: Capitán Willard)

Vetas rosas, colores de algodón de feria, el principio de algo, una acuarela surcando el cielo... estaba ya todo tan trillado por poetas con más o menos fortuna que parecía mentira que siguiera funcionando... pero funcionaba. Cuando iba caminando hacia el Recinto ferial en el amanecer de marzo, con la primavera todavía ataviada de invierno por esos fríos que nadie esperaba, y miraba allá, más allá de las vías del tren, ese cielo seguía siendo una fuente inagotable de consuelo y esperanza. No era nada concreto, pero esas vetas rosas que cruzaban el cielo horizontalmente, antes de que saliera el sol, bañando ya todos los alrededores del Recinto ferial de una luz muy suave, ligera, de génesis de algo... él comprendía aquel rosa como consuelo y esperanza.

En la aspereza del despertar tan temprano, a las seis de la mañana, había algo de acogedor al llegar al principio de la calle que luego bajaba hasta las vías del tren. Las pequeñas liebres dormitaban por allí despreocupadas, y por la costumbre de ver a personas caminando, o en bicicleta o corriendo, cuando alguien pasaba por allí se apartaban un poco, casi con disimulo, un poco domesticadas por todos los que iban allí a ver amanecer y darle los buenos días al sol, mientras el cielo adquiría tonos azules violentos, verdes escondidos, antes de que la luz se impusiera y el sol dijese aquí estoy yo.

"Se descubrió la hija de la mañana, la Aurora de rosáceos dedos", había leído hacía muchos años por vez primera en aquel libro del viejo sabio griego. Esas palabras las llevaba subrayadas en el gastado libro de Aguilar, y lo había llevado allí muchas veces, era una persona que creía en esas cosas, tenía fe en ir allí cuando el día se iba despertando, y casi sin luz, abría el libro y leía en silencio, o en voz muy baja, pero de creyente, esas palabras, "Aurora de rosáceos dedos".

Ahora en la vejez ya no llevaba encima esos libros porque su memoria era robusta y ruinosas, como los viejos castillos, y cuando miraba al este, por encima de los olivos, las palabras venían solas a su mente. Así, cuando veía el amanecer, o el mar, o un paisaje estático y silencioso, versos y palabras subían como la hiedra que escala murallas de castillos abandonados, por su alma, hasta

pronunciarlas dentro de sí mismo o en voz muy baja, pero con fe. De esa fe de la cual, nada ni nadie, todavía, a sus ochenta años, habían podido hacerle descreer. Y tras cada paisaje y cada verso, estaba el recuerdo de una mujer. Una mujer que pasó por su vida hacía muchos años, pero que cada día volvía justo en momentos como aquel delante de la “Aurora de rosáceos dedos” y un cielo que crujía de hermosura. Cada día, todos los días de su vida desde que la conociera y después cuando desapareció, también.

Luego se rompía un poco el hechizo de todo aquel silencio y belleza. El sol inmenso daba demasiada luz y color a todo, y parecía el ruido del tráfico también animarse y extenderse, marcando la vuelta a casa. Cambiaba la expresión de su rostro, endureciéndose, y subía caminando, dando la espalda a las vías del tren.

Se apresuró, más por inercia que por convencimiento; ese día tenía un evento importante en Madrid y después de ducharse y leer el periódico cogería el tren. Había quedado con su editor a mediodía en un bar del centro, para preparar la presentación del libro que le habían reeditado. Ya no escribía. O mejor dicho, no escribía para el público. Una mentira piadosa que se permitía por la edad, pero que en el fondo no se perdonaba.

Él no quería volver a aquel libro. Sabía que al reeditar una obra, como era normal, tendría que enfrentarse al texto. No le preocupaba poner al día léxica y gramaticalmente el escrito. Le preocupaba verse en un espejo de hacía demasiado tiempo, de donde volvían fantasmas de los que nunca se había curado. Y el problema era ese: que el tiempo no había pasado por muchas de las cosas que se contaban en aquel libro. Le incomodaba incluso encontrarse con lectores que se habían sumergido en una obra tal vez demasiado sincera. Allí, en aquel bendito y maldito libro, estaban el amor y el dolor, la alegría y la nostalgia, la poesía y la herida que seguían sangrando, aunque él quisiera convencerse de que la grieta estuviera cicatrizada, soldada, cerrada... todo era mentira, sabía que aquel libro era importante, no porque tuviera un alto contenido literario, sino porque bullía de vida. Para bien y para mal, el libro palpitaba, aunque hubieran pasado más de cuarenta años de aquel romance. Palpitaba pasión, comprensión, admiración, veneración. Una veneración un poco

alucinada como cuando miramos un cuadro de El Greco: en las obras del pintor cretense, había cielos desangrándose, desproporción en las imágenes, y sin embargo, el rostro de la Virgen María, era tal cual la mujer que amó el pintor, estamos viendo a una mujer de carne y hueso que vivió en Toledo hace cuatrocientos años. Visto desde el amor “que nos deja ver a los otros como los ve la divinidad”, como decía Borges.

Así era su novela: llena de rincones mágicos, transfigurados por el Romanticismo, jardines irreales, personajes que sólo eran una excusa para armar la trama de la novela. Pero si la pusiéramos sobre el cedazo del tiempo y la verdad, eso que queda de vida y belleza en la novela, sólo sobrevivía ella. Única y exclusivamente aquella mujer donde encontró a un alma gemela, una comprensión más allá de las palabras. Él que tanto había leído, que tanto amaba las palabras, sabía bien que nunca había encontrado tanta verdad como en el fondo de aquellos ojos donde vio ciudades antiguas ardiendo, unos ojos donde se había mirado despacio, conscientemente, con fruición, muchas noches.

Después de hacer el amor, con las velas encendidas por las mesitas de la habitación (nada de luz eléctrica, la luz de las velas convertía su habitación en un lugar sagrado), se quedaba mirando largamente sus ojos, como si hubiera nacido para vivir ese preciso momento.

Pensaba todo esto ya sentado en un vagón del tren que se dirigía desde Illescas a Madrid. Al final se dejó convencer por su editor y aceptó la reedición. Era un chico joven que le caía bien y no le adulaba demasiado. En el fondo se alegraba de haber vuelto a aquel libro.

- Tengo una carta - dijo el editor, antes de pedir dos cañas.
- ¿De quién?.
- De una mujer.

Se quedó con la carta en la mano. La apoyó después en la mesa del bar, y se quedó mirándola. Era un sobre amarillento. No por el paso del tiempo. Era un sobre de papel especial, donde venía su nombre. Escrito con pluma, y una caligrafía que reconoció inmediatamente.

Cuando el camarero venía con las cañas sobre la bandeja, se guardó el sobre con cuidado en el bolsillo interior de la chaqueta. Todo lo que hablaron después interesó poco al escritor. El editor estaba ilusionado, le contó detalles de la presentación, le preguntó por cómo se sentía, pero el viejo escritor de Illescas se quedó muy pensativo tras recibir la carta. No le preguntó nada sobre la mujer al editor: ni si la conocía, ni nada. Cuando éste fue al baño, sacó la carta con un ligero temblor, que le hizo sonreír nerviosamente. La abrió, y al leer las palabras que allí había le empezaron a sudar las manos y enrojecer la cara. Ya todo intento del editor por captar la atención del escritor fue en vano.

Se despidieron en la puerta del bar. El editor le recordó que el acto era a las siete de la tarde, que no se retrasara, que tenían todo preparado en la librería. El escritor asintió, deseando que su joven editor desapareciera, para volver a leer el conciso mensaje de la carta.

Era incapaz, tras leer aquellas líneas, de sentarse en un café para leer o pasar el tiempo mirando a la gente, como solía hacer. Caminó por el barrio de las Letras, hasta que aproximándose las cinco de la tarde, se dirigió al Retiro, con el corazón latiendo de una manera que se asemejaba mucho a la de hacía más de cuarenta años.

Entró por la puerta que daba al Casón del Buen Retiro, y caminó disimulando su nerviosismo, o su ilusión, no podía creer que estuviera así, hasta que, al acercarse al estanque vigilado por la estatua de Alfonso XII, el corazón le latía con tanta fuerza que notaba como las sienes se le inflamaban.

A muy pocos metros del estanque, sentada en un banco, una mujer de unos ochenta años, elegante, todavía muy hermosa, sonrió casi imperceptiblemente. Se levantó del banco, dio unos pocos pasos hacia él y se quedaron frente a frente los dos. Ella se quitó unas gafas de sol y le miró a los ojos.

- ¿Te acuerdas de mí? – dijo ella.

Y él comprobó que al fondo de aquellos ojos seguían ardiendo ciudades antiguas.